

Escocia hasta su confin septentrional, y obligó finalmente á los salvajes escoceses en el año 210 á hacer una paz ventajosa para los romanos. En 5 de mayo de este mismo año volvió á estar en York, y parece que retiró las fuerzas que guarnecían el límite mas septentrional construido por Antonino Pio, abandonándole para siempre. Volvieron entonces á sublevarse los meatos, contra los cuales envió Severo á su hijo mayor, en tanto él se quedaba en York reuniendo nuevas fuerzas. Allí tuvo el disgusto de observar, mientras le

atormentaba la gota, cómo su hijo mayor trataba de granjearse el afecto de la guardia pretoriana y de las legiones para poder contar con ellas á la muerte de su padre, y aun durante su vida si convenia, para evitar la competencia y las pretensiones de su hermano Geta, á quien Severo habia nombrado tambien el año antes co-emperador.

En 4 de febrero del año 211 espiró en York el anciano emperador, disgustado, lleno de presentimientos melancólicos, desesperanzado y cansado de vivir.

LIBRO SEGUNDO

DESDE LA PROCLAMACION DE CARACALLA HASTA LA MUERTE DE TEODOSIO I

PARTE PRIMERA

DESDE CARACALLA Á CARINO

CAPITULO PRIMERO

DESDE CARACALLA HASTA DECIO

Cuéntase que en el Senado, al recibir la noticia de la muerte del emperador Septimio Severo, á quien dijo: «Este hombre no debería haber nacido, y ya que nació, no debería haber muerto nunca.» Ciertamente es que su muerte fué para el imperio un golpe tanto mayor cuanto que le dejó dos co-emperadores, dos hermanos enemigos, ninguno de los cuales poseía las dotes de gobierno que el imperio y el sistema militar inaugurado por Severo necesitaban para que aquel sistema no degenerase en un despotismo militar feroz, como el que habia amenazado á Roma en tiempo de Oton y Vitelio. Antonino, el mayor y en realidad el mas capaz de los dos hermanos, pertenece al número de aquellos soberanos que la historia del imperio romano, ó mejor dicho, el historiador al cual se debe lo que sobre él sabemos, nos presenta solo por su lado repugnante, resultado del odio que inspiró á sus contemporáneos. En su juventud era Antonino persona amable y que en general prometia mucho, si bien paulatinamente fué cambiando y presentando rasgos muy poco tranquilizadores, tanto que los romanos, viéndole entregado desde muy joven á la vida mas disoluta y desenfrenada, le acusaron despues de haber atentado al honor de su familia y seducido á dos primas suyas, Julia Soemia y Julia Mamea, hijas de Julia Mesa, hermana de la emperatriz Julia Domna, madre de Antonino. Peor aun fué la explosion de sus instintos sanguinarios y vengativos, que aterró á los romanos cuando el asesinato de Plauciano, mientras por otra parte se ponía en ridículo con su pueril vanidad de querer parecerse á Alejandro Magno, imitando la violencia é impetuosidad proverbial de aquel héroe y su costumbre de inclinar la cabeza un poco sobre el hombro izquierdo. Sin embargo, no podían negársele una inteligencia viva y penetrante, un carácter enérgico y otras cualidades eminentes, heredadas de su padre, aunque un tanto maleadas. Estas cualidades po-

drian haber hecho de él un hombre grande si no hubieran ido acompañadas de una dosis excesiva de soberbia y vanidad y de una absoluta impotencia para refrenar sus pasiones é instintos perversos, los cuales le impulsaron al fratricidio, y este á sofocar el remordimiento con toda clase de excesos abominables, como lo habian hecho Calígula y Neron. Hasta corrieron voces de que él habia tenido que ver en la muerte de su padre; y aunque no se sabe si era fundada esta sospecha, él mismo probó muy pronto á los romanos, con el asesinato de su hermano, que era muy capaz del crimen que se le imputaba.

Restablecida la paz en Inglaterra, regresaron la familia imperial y la guardia pretoriana con las cenizas del difunto emperador á Roma, donde estalló otra vez la feroz discordia entre los dos nuevos co-emperadores hermanos, sin que ni su madre Julia Domna, ni el antiguo, venerable y anciano amigo y consejero de la familia, Papiniano, consiguiesen apaciguarlos. Papiniano logró impedir la realizacion de repetidas tentativas alevosas de Antonino contra la vida de su hermano, lo cual le atrajo el odio mortal de aquel, el cual decidió matar á Geta á la primera ocasion, conforme le aconsejaban sin el menor disimulo varios de sus amigos y consejeros, entre ellos Leto, el prefecto de la guardia. Como Geta estaba sobre aviso, valióse Antonino de una astucia infame para llegarse á él, suplicando á su madre que llamase á los dos á su estancia para reconciliarlos si era posible. La madre y el hermano cayeron en el lazo; la entrevista tuvo efecto en el mes de febrero del año 212, y Antonino previamente introdujo y ocultó en un aposento inmediato á varios desalmados instrumentos de su delito, los cuales se precipitaron sobre Geta y le acuchillaron en los brazos de su misma madre, que quiso ampararle. Este horroroso crimen abrió un nuevo período de terror para los habitantes de la capital.

Siendo conocida la fidelidad y cariño del ejército á toda la familia imperial, apresuróse Antonino á ganar los votos de la tropa; y como un criminal que se ve perseguido, corrió al castillo, donde á fuerza de sumas enormes compró á los pre-

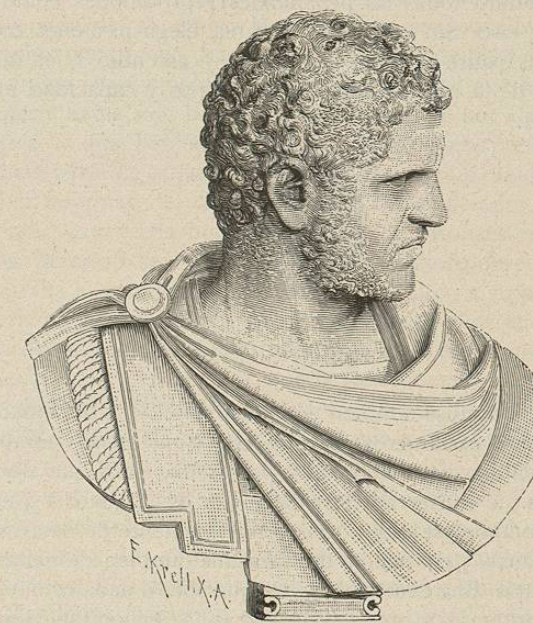
torianos el reconocimiento y proclamacion como único emperador. Mas trabajo le costó apaciguar la indignacion de los legionarios del Monte Albano, pero habiéndolo conseguido, se presentó con alguna fuerza armada al Senado para justificar el crimen que no podia negar, diciendo que lo habia cometido en defensa propia. Cumplida esta formalidad, dió principio al segundo acto del terrible drama, á saber: la venganza y el despojo. Empezó por hacer acuchillar en su presencia por los soldados al noble Papiniano, y despues ordenó una espantosa matanza entre los que llamaba partidarios de Geta, sin consideracion á sexo, edad ni clase. Personas distinguidas, miembros de las familias de los últimos emperadores, con sus esclavos y criados, soldados, aurigas, actores, en fin, cuantas personas le inspiraron sospechas ó le eran antipáticas, ó habian sido partidarias de su hermano, hasta el número de veinte mil, segun dice el historiador, fueron condenadas á muerte, con lo cual la fiera imperial realizó pingües confiscaciones. Hasta su malvado consejero el general Leto fué ejecutado al cabo de poco tiempo.

Tan horrible matanza, que por desgracia no fué la última que ordenó aquel monstruo, abrió un abismo insuperable entre él y todas las personas decentes del mundo romano, y este divorcio con los elementos buenos le arrojó enteramente en brazos de la hez de la sociedad, de la plebe de los aurigas y gladiadores, y mas adelante en los de los soldados rasos. Uno de los enigmas indescifrables que en tan gran número presenta la historia de los emperadores romanos, es que la madre de este infame, Julia Domna, aceptó la direccion de la cancillería de su hijo. Al pueblo se le contentó como siempre con funciones del circo y donativos de toda clase, entre los cuales figuró una grandísima partida de balandranes, ó sotanas que usaban los celtas de la Galia, los cuales en su idioma llamaban á esta prenda *caracalla*. El emperador se propuso ponerla en moda en Roma y por esta razon el pueblo le dió el apodo de Caracalla, mientras las clases altas le solian llamar *Tarantas*, del nombre de un gladiador.

En medio de tantas atrocidades este emperador hizo tambien cosas buenas dignas de Septimio Severo, entre las cuales figuran grandes monumentos y obras de utilidad pública. En honor de su padre construyó un pórtico, y varios templos dedicados á Isis y á Serapis, y hácia el fin de su reinado emprendió la construccion de las magníficas termas cuyas ruinas colosales se ven todavía hoy en Roma al ESE. del Aventino. Esta obra magnífica, que concluyeron los emperadores Heliogábalo y Alejandro Severo, se componia de un edificio central, que además de los baños generales y otros espacios contaba mil seiscientos cuartos de baño particulares, y de otros edificios que á cierta distancia rodeaban el principal. Este medía doscientos veinte metros de largo y ciento catorce de ancho, y los edificios exteriores formaban un rectángulo de trescientos treinta y siete metros de longitud y trescientos veintiocho de anchura. En todas partes se veían mármol, granito y mosaicos. Las ruinas de esta construccion colosal, que todavía á principios del siglo vi servia para el objeto á que habia sido destinada, prueban por la obra de ladrillo, perfecta y poco menos que indestructible, que el arte de construir estaba todavía en su mayor auge en tiempo de Caracalla. Sus inmensas bóvedas no han podido resistir á la destruccion; pero su magnitud era tal, segun se ve por los estribos, que los arquitectos del siglo iv las consideraban maravillas inimitables. Tambien construyó la Via Nova, entre el circo y las citadas termas, la cual formaba el principio de la Via Apia.

El acto mas trascendental de Caracalla fué el otorgamiento de la famosa constitucion por la cual, en el año 212, concedió la ciudadanía romana á todos los habitantes libres del

imperio, entonces existentes. Muchos han visto en este grande acto, tan solo una especulacion económica, un arbitrio del tesoro inspirado por la penuria, resultado de la mala administracion de este emperador; pero en realidad fué la consecuencia ineludible de la politica interior inaugurada por Adriano y desarrollada enérgicamente por Septimio Severo, si bien al propio tiempo resultó una brillante especulacion rentística. La existencia de muchas personas, familias y poblaciones, ya romanas, ya agraciadas con derecho romano, ya con derecho itálico, diseminadas por todas las provincias del dilatado imperio, originaba tantas complicaciones jurídicas que la situacion habia llegado á ser insostenible. Caracalla la simplificó completamente con su famosa constitucion, la cual era además un acto de justicia que merecian las provincias, con cuya sangre y dinero los emperadores ejecu-



Caracalla (Museo del Vaticano)

taban sus empresas. La sana política no reclamaba menos la unificacion y fusion de todos los elementos diversos del vasto imperio. Siendo ciudadanos romanos todos los súbditos libres, desde la muralla de Adriano, en el Norte de Inglaterra, hasta las cataratas del Nilo, cerca de Siene, y desde el desierto de Sahara hasta los montes Carpacios, todos eran legalmente aptos para los empleos públicos y podían ser admitidos en las filas de las legiones, con lo cual estas podían completarse en adelante de una manera verdaderamente inagotable.

Grandísimo fué el beneficio que sacó el tesoro imperial de la concesion de la ciudadanía romana á tantos millones de súbditos, los cuales, además de ir pagando las antiguas contribuciones de sus provincias respectivas, tuvieron que pagar los impuestos que les tocaban á la sazón como ciudadanos romanos, á saber, el derecho sobre las herencias, y el que cobraba el fisco por cada manumision de esclavos, tributos que duplicó el codicioso Caracalla por todo el tiempo de su reinado. Verdad es que hicieron necesaria esta medida su desgobierno, el aumento de sueldo y los frecuentes donativos con que lisonjeaba al ejército, tanto que en su reinado subió el presupuesto de la guerra á setenta y seis millones de pesetas mas que en tiempo de su padre. Este aumento, y otros despilfarros y terribles calamidades interiores y exteriores que mas adelante sobrevinieron, fueron causa de que se echase mano del triste recurso de rebajar nuevamente la ley de la

moneda. La moneda de oro fué rebajada á 6'55 gramos, ó sea un cincuentavo de libra. La moneda de plata siguió este movimiento; el *argenteo antoniniano*, que introdujo Caracalla en el año 215 y que presenta el busto del emperador con corona en un lado y el de la emperatriz con la media luna en el otro, pesaba por término medio cinco gramos, conteniendo un poco más de la mitad y siendo probablemente su valor oficial la vigésima parte de un *aureo*; valor ficticio que más adelante debía ser considerado como un ideal inasequible: tan grande fué la decadencia del imperio.

Después de los sucesos del año 212, Caracalla no se encontraba bien en Roma, y á fines de aquel año, ó á principios del siguiente, se apresuró á salir de la capital para vivir en adelante, como vivió guerra, y la emprendió muy temprano en el año siguiente. En las provincias del Bajo Danubio se detuvo para rechazar á las bandas de godos que desde largo tiempo antes habían ocupado los territorios de lo que hoy es la Rusia meridional, cercanos al Danubio y al mar Negro, é invadían de cuando en cuando la Dacia oriental.



Julia Mamaea.

Moneda de oro con la inscripción: IVLIA MAMAEA AVG.

dudosos. Formóse también una guardia de corps de soldados mercenarios extranjeros de caballería é infantería, restableciendo el sistema abandonado por Galba, pero que desde entonces fué conservado, sin perjuicio de la guardia pretoriana. Componíase este cuerpo principalmente de bátavos y de germanos, y en tiempo de Caracalla también de celtas y de sármatas. Entre estos bárbaros, que poco ó nada comprendían de intereses y opiniones romanas, se encontraba Caracalla seguro y en su elemento, á pesar de que esta preferencia debía ser necesariamente motivo de celos y envidias en los demás cuerpos del ejército.

Caracalla fué el primer emperador que tuvo conflictos serios con una masa de tribus germánicas que antes de mucho tiempo debían ser enemigas peligrosísimas del imperio, y á las cuales los romanos designaron con el nombre general de *almanos*, nombre que quería decir: *todos los hombres válidos*, capaces de usar armas. Ellos se llamaban preferentemente *suevos*. Al parecer, se componía esta masa de dos grupos principales, el uno de tribus suevas, y el otro de elementos celtas y otros bárbaros que se habían fundido entre sí. Estas masas, á consecuencia de la emigración de los godos del Nordeste de Germania, primero hacía el Sur y después á las orillas del mar Negro, se habían condensado delante de la frontera fortificada que unía la línea del Danubio con la del Rin, y por las causas indicadas en un capítulo anterior, pugnaban por forzar aquella frontera.

Con ellas se encontró Caracalla cuando salió de Roma en el año 213 y se dirigió por Aquileya, la Nórica y la Retia á la Germania Alta y á la Galia. Las tribus bárbaras habían pasado el Mein é iban extendiéndose por la Tierra del Diezmo cuando Caracalla llegó, en el verano del año 213, á aquel país y dió á los invasores varias batallas, especialmente una en el mes de setiembre, consiguiendo arrojarlos al otro lado de la frontera, á la cual añadió nuevas fortificaciones, especialmente del lado del Neckar.

No tenía Caracalla el carácter de Marco Aurelio para

entusiasmarse por una expedición al país de los germanos bravos, y se contentó con la victoria obtenida, que aseguró la paz por un período de veinte años en aquella frontera. Mas para dar ocupación á sus soldados y obtener para sí rico botín y gloria, determinó marchar contra los partos. El rey Vologeso IV había muerto por los años 207 ó 209, y sus dos hijos, queriendo mantener cada uno su derecho, promovieron un conflicto, que al fin terminó repartiéndose entre ambos el reino, por manera que Vologeso V se adjudicó la parte meridional con Susiana y Ctesifonte, y dejó á su hermano Artabano V la parte septentrional con la Media y Adiabene. Este conflicto quiso aprovechar Caracalla.

A fines del año 213 regresó, pues, á Roma para hacer los preparativos de la nueva guerra, y la emprendió muy temprano en el año siguiente. En las provincias del Bajo Danubio se detuvo para rechazar á las bandas de godos que desde largo tiempo antes habían ocupado los territorios de lo que hoy es la Rusia meridional, cercanos al Danubio y al mar Negro, é invadían de cuando en cuando la Dacia oriental.

Pero los preparativos de Caracalla contra los partos fueron de una naturaleza singular. Ya hemos dicho que este emperador, notable por su pequeña estatura, se tenía por un Alejandro Magno resucitado; y como llevaba el culto de aquel héroe hasta el ridículo, quiso dar á su expedición al Oriente el carácter de una nueva expedición de Alejandro. Fué en esta manía tan léjos, que durante su estancia en Tracia organizó una falange de 16,000 jóvenes macedonios, que quiso armar y ejercitar enteramente á la manera de los antiguos soldados de Alejandro, para que le siguieran al cuartel general, que pensaba establecer en Nicomedia. En Filipópolis y en otras poblaciones macedonias hizo celebrar las fiestas y los juegos fastuosos y costosos del tiempo del gran conquistador; y cuando hubo pasado al Asia con su ejército, probablemente con el auxilio de la escuadra, estacionada entonces cerca de Cicico, parodió también á Alejandro y aun á Aquiles, é imitando al primero en su expedición á Persia, se detuvo á visitar el castillo del Ilión y las ruinas, monumentos y reliquias de la guerra de Troya. Después pasó al promontorio Sigeo, donde adornó la pretendida tumba de Aquiles con guirnaldas y coronas de flores, celebrando sacrificios, juegos y paradas funerarias; habiendo muerto entonces su favorito, el liberto Festo, le mandó hacer exequias como las que Homero refiere de Patroclo, y en vez de los prisioneros troyanos que fueron sacrificados en honor de aquel héroe, Caracalla depositó en la pira funeraria un rizo de sus escasos cabellos.

Pasó el invierno del año 214 al 215 en Nicomedia, donde la falange continuó sus ejercicios; y sin perder de vista los preparativos de su expedición contra los partos, no dejó de dedicar también su tiempo á disfrutar de los placeres materiales, á que era tan aficionado, y á explotar á la clase de senadores, á la cual, además de saquearla, ultrajaba continuamente de la manera más brutal. Esto, la concesión de innumerables títulos honoríficos á multitud de ciudades y á otras poblaciones en gran número, especialmente en Oriente, y el permiso que otorgó á muchas de ellas para que pudiese cada una cambiar su nombre por el de Aurelia ó Antoniniana, contribuyeron durante su residencia á transformar los países árabes en países helénicos.

Además de su falange tenía disponible en Oriente un ejército poderoso y bien organizado, el cual se había aumentado con legiones de la Numidia y caballería de Mauritania. Además se hallaban en camino para agregarse á él secciones de las legiones del Danubio, la legión II Pártica, la guardia de corps germánica y una parte de la guardia

pretoriana, mandada por M. Opelio Macrino, sucesor de Papiniano. Macrino había nacido de padres plebeyos en Cesarea, en la Mauritania; Plauciano le había hecho administrador de sus propiedades, después había tenido varios empleos imperiales subalternos, y antes de ser nombrado prefecto de la guardia pretoriana había sido procurador imperial de provincia. Por último, seguían también á Caracalla, probablemente, uno ó más leones domesticados, pues era aficionado á rodearse de fieras de esta clase.

Grande fué la alarma de los dos reyes de Partia y de los reyes sus vasallos al saber los preparativos formidables que hacía Caracalla para atacarlos, tanto más cuanto que hacía el año 214 había estallado en Persia aquella sublevación que tan funesta fué después para la dinastía arsácida. Los dos hermanos, ante el peligro común que les amenazaba, olvidaron sus disidencias, hicieron la paz y trabajaron juntos para conjurar la tempestad por medio de la astucia diplomática. Caracalla, buscando un pretexto para declarar la guerra, llegó á Antioquía, ciudad que por su mediación se había reconciliado en otro tiempo con su padre Severo, y desde allí reclamó dos súbditos romanos de elevada categoría, é hijos del Oriente, que se habían pasado en tiempo anterior á las filas de los partos. Pero el rey Vologeso, para no dar ocasión á un conflicto peor, se apresuró á complacer al emperador, obligándole de esta manera á aplazar más sus proyectos belicosos. Dirigióse entonces Caracalla á Alejandría, donde cometió atrocidades horribles. Aunque era grande su fanatismo fantástico por Alejandro Magno y por la ciudad de Alejandría, su gran creación, no quiso perdonar á los mordaces habitantes de esta ciudad sus sátiras sangrientas relativas á su persona, á su ridícula manía de parodiarse á Alejandro Magno y á Aquiles, á su fratricidio y á sus relaciones sospechosas con su madre Julia Domna, que aun se conservaba hermosa entonces. En contestación á estos ultrajes, hizo á su llegada saquear la ciudad por sus soldados, convirtiéndola en teatro de una matanza espantosa; y no contento con esto, llevó su perversidad hasta quererla arruinar para siempre, suspendiendo los espectáculos públicos, desterrando á todos los forasteros menos los que eran comerciantes y dividiendo, finalmente, á Alejandría en varias partes separadas por murallas, torres y castillos.

En el año 215, Caracalla, que entonces se hallaba no se sabe si en Antioquía ó en Nicomedia, invitó con intención alevosa al rey de Armenia á pasar á su corte, y cuando llegó, le retuvo prisionero. Los armenios, indignados, apelaron á las armas, y Caracalla envió contra ellos desde Antioquía fuerzas para volverlos á someter, encargando el mando á un favorito suyo llamado Teócrito, hijo de un esclavo, y que habiendo sido maestro de baile de Caracalla, había ganado su favor. Este general, cuyo talento estratégico debía de ser nulo, asoló la Armenia, mas como bandido que como general, en el invierno del año 215 al 216. Mientras esto sucedía en la Armenia, Caracalla repitió la misma estratagema con el rey de Osroene, contra el cual había concebido recelos, á pesar de la amistad que había reinado hasta entonces entre este príncipe y el gobierno romano. El infeliz, aceptando de buena fe la invitación, se trasladó á Antioquía, y Caracalla le hizo prender y agregó al imperio su pequeño reino. Como los reyes partos evitaron prudentemente todo conflicto, Caracalla, para encontrar un pretexto de guerra contra Artabano V, le pidió la mano de su hija, á lo cual aquel rey no quiso acceder. Entonces, en el año 216, pasó el emperador con su ejército el Tigris, entró en Asiria, tomó y destruyó varias ciudades, entre ellas la de Arbela, donde hizo abrir y profanar los sepulcros de los reyes. Los partos, no pudiendo sostenerse en ningún punto, se retiraron á las altas montañas

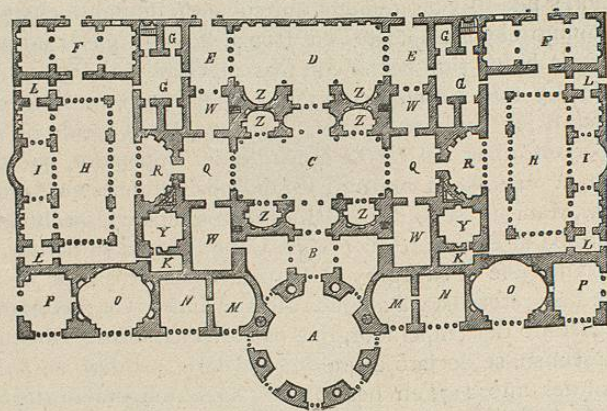
del Iran; pero allí durante el invierno del año 216 al 217 se ocuparon con energía en los preparativos para tomar terrible venganza de sus agravios. Caracalla no fué, sin embargo, el que tuvo que resistir sus ataques; pasó aquel invierno con sus tropas en la Mesopotamia entregándose á los placeres, y en medio de ellos acabó con su vida el puñal de un asesino. Habíase tramado una conspiración contra él entre los jefes militares que más cerca tenía de su persona, y el mismo Macrino, prefecto de la guardia pretoriana, era el que estaba á la cabeza de los conjurados. Se ignora si Macrino alimentaba proyectos ambiciosos, y tampoco hay noticia de las intrigas que debieron de existir; pero es muy probable que la causa primordial de la conjuración fueran la superstición y la ridícula fe en las profecías, que tan gran papel han hecho en todo el mundo antiguo. Caracalla sabía que un agorero egipcio había dicho que Macrino llegaría á ser emperador, y este vaticinio atrajo al prefecto de la guardia la desconfianza y aversión del soberano. Macrino, á su vez, concibió serios temores por su vida, temores que subieron de punto cuando un amigo suyo, empleado en Roma, le avisó que la misma profecía había sido hecha con más precisión por alguien en Africa, y que habiéndolo sabido Materniano, prefecto de policía y jefe de la guarnición de Roma, había creído de su deber informar del caso á la madre del emperador, que dirigía la cancillería imperial, establecida entonces en Antioquía. Macrino se veía perdido si el ominoso despacho encontraba al emperador con vida. Ganó, pues, á su partido á Reciano, jefe de la legión II Pártica, á dos altos jefes de la guardia pretoriana y á algunos otros oficiales. Un pretoriano disgustado del emperador, que había rechazado su solicitud de ascenso, se declaró dispuesto á matarle, y lo hizo en 8 de abril del año 217, en ocasión en que el emperador, regresando de Edesa, á donde había ido para asistir á una función religiosa y á ofrecer los sacrificios de costumbre, se había apeado del caballo para satisfacer una necesidad corporal. El asesino y dos jefes, sus cómplices, fueron acuchillados en el acto por algunos soldados de la guardia germánica.

Macrino, conociendo el gran partido que Caracalla tenía entre la clase de tropa, fingió profundo dolor por aquella muerte imprevista, mientras sus amigos trabajaban para decidir á la guardia pretoriana á proclamarle, como en efecto le proclamó, emperador en 11 de abril, tres días después del crimen. El cadáver de Caracalla fué quemado con toda solemnidad, y Oclatinio Advento, el otro prefecto de la guardia y hasta entonces colega de Macrino, muy querido de todo el cuerpo, fué encargado de llevar la urna con las cenizas del difunto á Roma, para colocarla en el panteón de los Antoninos. Con este encargo consiguió el nuevo emperador alejarle de la guardia, y para indemnizarle le nombró prefecto de policía en Roma en sustitución de Materniano, su adversario.

El Senado, contentísimo de verse libre del monstruo, apresuróse á reconocer al nuevo emperador, á pesar del disgusto que le causaba el hecho de que un hombre de origen plebeyo, que ni siquiera había llegado á obtener la categoría senatorial, hubiera de revestir la púrpura imperial. Por desgracia Macrino no tenía ni el talento militar ni el diplomático necesarios para concluir de una manera honrosa para Roma la guerra con la Partia, tan neciamente provocada por Caracalla; y al mismo tiempo carecía de prestigio y de energía para imponerse á las tropas, acostumbradas á los halagos del difunto. Poco después de su elevación al imperio, el rey Artabano penetró con numerosas fuerzas en la Mesopotamia, y entonces ofrecióle Macrino la paz en condiciones equitativas, pero el rey parto pidió la evacuación de la Mesopotamia y exigió otras condiciones duras, por cuya razón se rompieron

las negociaciones y la guerra continuó. Dos encuentros en la comarca de Nisibe resultaron favorables á las armas partas, pero como los partos empezaban á carecer de víveres, Artabano se mostró dispuesto á hacer la paz por el precio de doscientos millones de sestercios. Macrino aceptó, se firmó el tratado, y en seguida se hizo tambien paz con la Armenia bajo condiciones algo mas favorables.

El ejército, á pesar de hallarse viciado lastimosamente, como hemos dicho, conservaba todavia bastante pundonor romano para avergonzarse de semejante paz. Aumentó luego su disgusto el ver que Macrino extendió sus economías á las tropas, rebajando el sueldo de los soldados nuevos á un tipo razonable. Caracalla habia elevado el haber del soldado raso á la altura del que cobraban en tiempo de su padre los veteranos. Macrino lo redujo convenientemente y á la vez adoptó varias medidas para restablecer el órden y la disciplina. Tenia las mejores intenciones, y se dedicó desde luego á atajar los



Plano de las termas de Caracalla en Roma

A. Vestíbulo, rotonda de 50 metros de diámetro.—B. Apoditerio.—C. Sala principal, ó Efebo, cuya bóveda cruzada estaba sostenida por ocho colosales columnas de granito. Esta sala tenia 56 metros de largo por 22 de ancho.—QQ. Estancias separadas de la sala principal por pórticos de columnas, destinadas á los espectadores y á los atletas.—ZZ. Otras estancias laterales.—D. Sala de iguales dimensiones que el Efebo, que contenia la gran piscina para los nadadores y comunicaba por medio de un pórtico de columnas con otras salas menores, EE.—Las piezas hasta aquí citadas eran las principales, y formaban tambien la parte central y más notable de las termas, que se distinguía del resto por su mayor altura. La explicacion de las demás estancias es dudosa: FF, serian vestíbulos, ó quizás bibliotecas; GG, locales donde los atletas se preparaban á la lucha, cerca de allí estaban las escaleras para subir á los pisos superiores; HH, peristilos con estanques para nadadores; II, piezas menores para los ejercicios corporales de los mismos; KK, piezas donde los atletas se untaban con grasa antes de entrar en la lucha; YY, piezas donde los atletas se empolvaban; LL, vestíbulos, encima de los cuales se han encontrado aposentos con suelo de mosaico; MM, cuartos de estufa; NN, caldarios; OO, tepidarios; PP, frigidarios; RR, salas de conversacion y recreo.

males que mas urgía remediar y que eran consecuencia fatal del escandaloso desgobierno. Concedió muchos indultos y mercedes justísimas, y tomó otras disposiciones prudentes que á cualquiera, sin ser un gran talento, se hubieran ocurrido, como la inmediata abolicion del decreto por el cual Caracalla habia duplicado los impuestos sobre las herencias y la manumision de esclavos y habia creado otros muchos gravámenes. Tambien dispuso el pago formal y regular de las rentas pertenecientes á la institucion alimenticia, que al parecer no habian sido pagadas ó lo habian sido con mucha irregularidad en los últimos años del reinado de Caracalla, como en tiempo de Cómodo. Probablemente suprimió Macrino tambien la direccion general de esta institucion, que tenia su

residencia en la capital, y restableció la direccion por distritos alimenticios como en un principio, limitando de paso las atribuciones de los magistrados de derecho itálico en Italia á lo que habian sido en tiempo de Marco Aurelio.

En el largo tiempo de residencia que llevaron las grandes masas de tropa en Siria, habian tenido ocasion de entenderse entre sí y de saber las circunstancias que habian precedido á la muerte de Caracalla y á la elevacion de Macrino. El donativo considerable que Macrino les concedió cuando su hijo Diadumeniano, que contaba á la sazón nueve años, fué nombrado César con el nombre de Antonino, fué muy bien recibido por todo el ejército; pero las reformas económicas, de órden y de disciplina no encontraron en él partidarios; y no teniendo Macrino el talento de imponer y entusiasmar á las tropas, empezaron estas á murmurar que dejaba á los pobres soldados en la miseria mientras él llevaba una vida de placeres y regalo en Antioquia. En esta situacion la mano de una mujer fué la que puso fuego á tanto combustible acumulado, cuyo incendio costó la vida al nuevo emperador en el año 218.

Macrino, á la muerte de Caracalla, habia mandado á la madre del difunto emperador, que por sus intrigas y riquezas le debia inspirar recelos, salir desterrada de la ciudad de Antioquia, donde estaba entonces la corte. Fuera de esto no la molestó en nada, ni ella le causó tampoco molestia alguna porque murió poco tiempo despues, segun dijeron suicidándose. En cambio, su hermana, Julia Mesa, mujer riquísima y astuta, se propuso apelar á todos los recursos para vengar la muerte de Caracalla. Habia sido desterrada tambien de Antioquia y se habia trasladado á Emesa, su ciudad patria, donde vivía con sus dos hijas, viudas como ella, llamadas Soemia y Mamea, habidas en su matrimonio con Julio Avito, hombre de categoría consular que habia muerto en Chipre por el mismo tiempo que Caracalla. Cada una de estas dos jóvenes hermanas y viudas tenia un hijo muy hermoso. El de Soemia contaba á la sazón de trece á catorce años y se llamaba Vario Avito; su difunto padre Sexto Vario Marcelo, natural de Apamea, habia sido cónsul. Mamea habia estado



Moneda de oro de Macrino con la inscripción:
IMP. C. M(arcus) OPEL(ius) SEV(erus) MACRINVS AVG.

casada en primeras nupcias con el procurador romano Gesio Marciano, natural de Arca Cesarea en Fenicia. Fruto de este matrimonio fué un niño llamado Alexiano, que nació el primero de octubre del año 208 en el mismo templo consagrado á la memoria de Alejandro Magno, y durante la fiesta dedicada al héroe macedonio, en la ciudad de Cesarea. Muerto Marciano, casóse Mamea en segundas nupcias, y volvió á enviudar. Avito, el hijo de Soemia, por consejo de su intrigante y astuta abuela Julia Mesa, habia sido consagrado pontífice de Heliogábalo, el dios del sol de los fenicios, que tenia en Emesa un soberbio templo; y á este templo solian acudir en grandes masas los legionarios acampados cerca de la ciudad, durante el invierno del año 217 al 218, para ver bailar á hombres y mujeres alrededor del altar. Atraía tambien sus miradas el joven pontífice, tanto por la magnificencia de sus vestiduras como por su extraordinaria hermosura, un tanto afeminada, y no tardaron en encontrar en los rasgos de su fisonomía una semejanza con los de su inol-

vidable Caracalla. Cuando la abuela del joven Avito vió que estaban las cosas en este punto, hizo esparcir, por medio de un hábil liberto llamado P. Valerio Comazon Eutiquiano, el rumor de que, en efecto, el verdadero padre del joven Avito era Caracalla, y lo mismo se dijo de Alexiano, primo de Avito. Si este rumor era cierto ó falso, no se ha podido averiguar jamás, si bien era muy posible que tuviese fundamento, atendida la conducta de Caracalla y la de sus dos primas Soemia y Mamea cuando jóvenes. De todos modos, no se omitió nada por las dos hermanas y por su madre para hacer mas creíble esta paternidad, que en realidad era una gran deshonra para las tres; pero á ellas les importaba muy poco, si lograban satisfacer su ambicion y su sed de venganza. La

aversion que los soldados tenian á Macrino les inclinaba cada dia mas á mirarle como usurpador y á oponerle como competidor á un descendiente, aunque ilegítimo, de Caracalla.

En esta situacion de los ánimos, el liberto Comazon llevó una noche al joven Avito al campamento de las legiones, donde consiguió, por supuesto, con el auxilio del oro de la vieja Mesa, que las tropas le proclamaran emperador, el 16 de mayo del año 218, con los nombres de M. Aurelio Antonino. La noticia se comunicó con la celeridad del rayo á todas las guarniciones de la Siria y produjo en ellas una agitacion que dió grandísimo cuidado á Macrino. Este, que al principio no habia hecho mucho caso de la intriga, envió al pre-



Heliogábalo (Museo de Nápoles)

fecto de la guardia pretoriana Ulpio Juliano con una parte de sus tropas contra las pronunciadas, pero la guardia se pasó á los rebeldes y mató á su prefecto. Entonces Macrino nombró á su hijo solemnemente co-emperador y prometió á los soldados y al pueblo riquísimos donativos y otros alicientes si querian reconocerle. Pero la inseguridad de su posicion militar y la retirada que emprendió con desaliento despues de haber intentado un ataque contra Apamea, dieron la victoria al espíritu de rebelion. Los sediciosos por su parte tomaron entonces la ofensiva; Avito, el pretendiente, que se llamaba con preferencia Heliogábalo, como el dios cuyo pontífice era, se dió pública y formalmente por hijo del sanguinario monstruo Caracalla, y siguió con toda su familia al ejército que le habia proclamado, el cual marchó sobre Antioquia, la capital de Siria. Cerca de Imas, situada nueve horas al Este de Antioquia, tuvo efecto en 8 de junio del año 218 el encuentro de los dos ejércitos. Las tropas de Macrino, especialmente la guardia pretoriana formada todavia por Septimio Severo, pelearon con valor extraordinario; pero mientras el pretendiente, niño todavia, se mostraba á caballo entre sus veteranos, Macrino perdió la confianza y corrió á Antioquia para poner á salvo á su hijo, haciéndole huir á la corte del rey Artabano. La guardia pretoriana

aguardó su vuelta todo un dia, y cuando vió que no regresaba se pasó al ejército de Heliogábalo. Macrino, cuando supo esta defeccion, emprendió la huida en direccion á Europa, y al llegar á Calcedonia, á orillas del Bósforo, le alcanzaron los emisarios de su competidor y se apoderaron de su persona. Fué muerto en el camino, en Capadocia, ó en Antioquia, á la edad de cincuenta y cuatro años y meses. Su hijo habia sido preso tambien y muerto en su fuga.

El imperio volvió á tener un jefe que se adornaba con el nombre de Antonino, porque el Senado no pudo menos de ajustarse otra vez á la voluntad del ejército y reconocer al nuevo emperador. Pero el último que llevó aquel ilustre nombre, le deshonró de una manera que parecia imposible despues del reinado sanguinario de Caracalla. La *demencia cesárea* se apoderó de Heliogábalo cuando se hubo instalado en Roma; el liberto Comazon fué elegido prefecto de la guardia pretoriana en lugar de Juliano Nestor, nombrado por Macrino. Esto no sorprendió á nadie, pero el Senado se quedó pasmado cuando recibió de Nicomedia, donde Heliogábalo pasó todavia el invierno del año 218 al 219, el retrato del nuevo emperador, en su traje sacerdotal voluptuoso y afeminado, con órden de suspenderlo en el salon del Senado, sobre el altar dedicado á la Victoria. En el